

LAS MOTIVACIONES DEL LITERATO Y SU PROYECCION LITERARIA

POR
CLARA M.^a THOMAS DE ANTONIO

LAS motivaciones que mueven a expresarse a un escritor son muy variadas y personales, y suelen estar profundamente enraizadas en la trama de sus vivencias y proyectarse de múltiples maneras en su quehacer literario. Un ejemplo de ello puede ser la trayectoria artística del polifacético novelista sirio Ḥannā Mīna, reflejada profusamente en su obra, cuya exposición queda recogida en nuestro artículo “Ḥannā Mīna: experiencia humana y experiencia literaria”, publicado en el número 2 de la revista *Philologia Hispalensis*, de la Facultad de Filología de Sevilla, y en la introducción a nuestra versión castellana de su novela *El Ancla* (ed. CantArabia, Madrid, 1988). En uno de sus relatos, “Sobre los sacos” (1970), Ḥannā cuenta a un pequeño dónde, cuándo y por qué empezó a escribir.

Este polifacético narrador sirio, considerado como uno de los más destacados novelistas árabes de la actualidad, nació en Latakía, al norte de Siria, en 1924, en el seno de una humilde familia. Cuando tenía tres años, una grave enfermedad de su bohemio padre les obligó a emigrar al distrito de Alejandreta, donde pasarían cinco años vagando de aldea en aldea hasta que se instalaron en la propia ciudad de Alejandreta. Estas experiencias tempranas del mundo rural las reflejaría más tarde en dos novelas de corte autobiográfico: *Restos de imágenes* (1975) y *La Ciénaga* (1977).

En esos años de emigración Ḥannā sufrió muchas penalidades. Su

cuerpo fue minado por el hambre y las enfermedades, que acabaron con la vida de varios de sus hermanos y hermanas. Pero su madre, que deseaba alejar de ellos el fantasma de la miseria, logró, a costa de enormes sacrificios, que Hanná entrara en una escuela de la ciudad, privilegio que no pudo conseguir para sus hijas. Allí su fragilidad física quedó compensada por su gran sensibilidad y su capacidad intelectual, destacando pronto como excelente estudiante. A los doce años obtuvo su certificado de estudios primarios, el único título académico de su vida, pero la pobreza familiar le obligó a buscar el sustento y le impidió proseguir sus estudios.

Pronto se dio cuenta de que no podía, como el resto de los compañeros de su edad, con los trabajos que requerían fuerza física. Aquella situación le humillaba y acoquejaba, pero sus conocimientos de la escritura árabe y francesa, así como del cálculo, le abrieron las puertas de otros trabajos remunerados en distintos momentos de su vida, como se refleja en el cuento que sigue a estas líneas.

Aunque nunca volvió a la escuela, adquirió una vasta cultura leyendo todo lo que caía en sus manos. En 1939, Alejandreta fue cedida a los turcos por los mandatarios franceses y la familia del autor se vio obligada a emigrar de nuevo a Latakía. Tenía quince años y entró a trabajar en una barbería, llegando a montar su propio establecimiento. En Latakía vivió las privaciones de la segunda guerra mundial que narraría posteriormente en la novela *Las lámparas azules* (1954). Los acontecimientos y repercusiones de la etapa del Mandato francés sobre Siria y la división de clases de la sociedad quedarían plasmadas especialmente en *El sol en día nublado* (1975).

Odiaba su oficio de barbero y, tras finalizar la lucha contra los franceses y conseguirse la independencia de Siria, decidió cerrar la barbería. Desde pequeño había admirado la habilidad de narrador de su padre cuando amenizaba las veladas de los campesinos a la luz de la luna o asombraba con los fantásticos relatos de sus viajes a los parroquianos de las tabernas. Cuando descubrió su propia capacidad para expresarse con la pluma, decidió dedicarse a la literatura. A los veintidós años (1946), cerró la barbería, se marchó a Beirut y empezó a escribir cuentos que publicaba en la prensa damasquina. Cuando le ofrecieron un trabajo en el periódico *Al-Inšā'*, se instaló en Damasco y trabajó como periodista político y literario, colaborando también en otros periódicos y revistas.

Sus actividades antifrancesas y su lucha en el movimiento obrero le llevaron a sufrir cárceles y exilios, tema que constituirá el eje de otras dos novelas: *La nieve viene de la ventana* (1969) y *La primavera y el otoño* (1984). Pasó una década vagando por diversos países de Europa y Asia y, cuando volvió a Damasco en los años sesenta, continuó su labor literaria, ya emprendida antes del exilio con la publicación de su primera novela y la elaboración de la segunda. En su febril actividad escribió otras novelas, guiones y seriales radiofónicos. A principios de los setenta entró como experto en el Ministerio de Cultura, donde aún continúa trabajando, al tiempo que proseguía su dedicación a la literatura.

Además de la novela, a la que ha dedicado sus mejores esfuerzos, abordó el ensayo con tres estudios sobre el poeta turco Nâzım Hikmet, publicados en 1970, 1978 y 1980, y con *Literatura de guerra* (1976), escrita en colaboración con la futura ministra de Cultura, Naÿyâh al-'Aṭṭâr. En 1976 recopiló algunos de sus relatos breves bajo el título de *Los ébanos blancos*.

Pero su pasión favorita era el mundo del mar y sus gentes. A este tema dedicaría muchas novelas que le harían merecedor del título de "novelista árabe del mar": *La vela y la tempestad* (1966), *El ancla* (1975) y la trilogía compuesta por *Historia de un marinero* (1981), *El mástil* (1982) y *El puerto lejano* (1983). Su experiencia literaria y vital la relataría en varios artículos, publicados en periódicos de los años setenta y ochenta y recogidos finalmente en *Ideas sobre la experiencia literaria* (1982).

En el cuento *Sobre los sacos* Ḥannâ relata la historia de sus primeros pasos en el mundo de la escritura, una aventura a la que dedicaría su existencia y que comenzaría a los doce años sobre los sacos del puerto de Alejandreta. A través de esta anécdota revela algunas de las motivaciones que, enraizadas en sus vivencias infantiles y adolescentes, le impulsarían a escribir.

A continuación ofrecemos nuestra versión castellana de dicho cuento, publicado primero en la revista *Al-Ma'rifa* (n.º 98, 1970, pp. 113-142) y más tarde recogido en la colección *Los ébanos blancos* (Dâr al-Ādâb, Beirut, 1981, pp. 45-75).

Sobre los sacos ('Alà l-akyās)

“A mi querido pequeño W. ‘A. que me preguntó: ¿Cómo y cuándo empezaste a escribir?”. H. Mína.

Mi padre tampoco volvió aquella noche. Había ido a vender “mušabak” por las aldeas de Alejandreta. Por la mañana le había visto coger la bandeja de cobre llena de roscos de dulce, serpenteantes y rubios, centrarla sobre la cabeza encima de un rodillo de tela, hacer la señal de la cruz pidiendo la bendición de los padres, levantar la “sība” de tijera, que se abría y cerraba; y colgársela del hombro, poner la cesta en el perchero de su antebrazo, y marchar escoltado por la invocación de la madre, siempre temerosa de alguna cosa desconocida, y la nuestra —de mis hermanas mayores y de mí, el pequeño— para que volviera habiendo vendido todos sus dulces y llevándonos pan y comida.

Entrada la mañana mi madre se sentó a remendar nuestra ropa cantando canciones tristes y llorando. La vi desde la ventana y entré. Había abierto el baúl para sacar algunos vestidos y, aprovechando mi ausencia, sacó el trajecito de una niña de dos años. Era de mi hermana pequeña que había muerto hacía poco. Empezó a olerlo y a besarlo. Le hablaba a ella como si aún estuviera dentro del vestido con el que yo la había visto antes de morir. Le oí decirle: “Oh, querida mía, ¿por qué te has marchado tan rápido? ¿Por qué te has cansado de tu madre? ¿No la echas de menos? ¿No vas a volver? ¿Ya no voy a verte nunca más? Entonces, ¿este vestido, esta muñeca —se la había hecho de trapo— es todo lo que queda de ti?”

Me deslicé y me senté detrás de mi madre. Yo también lloraba. Como ella, tenía necesidad de hacerlo. Oyó mis sollozos y me miró asustada. Intentó limpiar sus lágrimas y sonrió forzosamente para disimular ante mí: “Oh, mi pequeño —dijo— ¡oh, hijo mío! ¿por qué has vuelto tan pronto? Vete a jugar con tus amigos”. Me abrazó y me besó. Apretó mi cabeza contra su pecho, la enterró en su cuello y entonces olí el aroma de la maternidad a través del cuello caliente por el efecto de la tensión y de las lágrimas. Sentí unas gotas sobre la superficie de mi mejilla y una mano que acariciaba los mechones de cabellos castaño que coronaban mi cabeza. Luego levanté mi rostro hacia ella. Me miró a los ojos... estaban rojos... Yo no podía controlarme ni quería, mientras las lágrimas corrían por mis mejillas... Me dijo sacando

media piastra de su bolsillo: "Vete y cómprate un bizcocho... No llores. Los hombres no lloran". Le pregunté: "¿Y las mujeres?". Dijo: "Las mujeres tampoco" ...Me callé poco convencido, y dijo: "Las mujeres... a veces".

Al mediodía nos puso "farifira", que es "burgul" con cebolla, y envió a mi hermana a pedir prestado de los vecinos un poco de aceite. Coció un huevo y lo puso ante mí... Eramos cinco alrededor de la bandeja de paja: mi madre, mis tres hermanas y yo; la cuarta hermana nos había dejado. Yo no la conocía. Por lo que se rumoreaba supe que había tenido un percance. Era criada en una casa, había huido con un hombre y se había casado con él. Me di cuenta de que había actuado en contra de la voluntad de la familia pues la habían echado y en casa evitaban mencionarla... Antes de aquello yo había visto un landó ir y venir por la carretera general, cerca de nuestro barrio; el coche se había parado y se había bajado de él una señora que preguntó algo a los niños... Estos habían señalado hacia mí... Ella corrió, me abrazó, me besó, metió dinero en mi bolsillo, se fue al landó y desapareció. Corrí a casa y le conté a mi madre lo que había pasado. Inmediatamente se lanzó hacia la carretera... y esperó donde yo le indiqué. Esperó mucho, pero el landó no volvió a aparecer. Regresó con la vista baja... Creo que esa noche lloró en secreto. Cogió el dinero y compró con él velas e incienso... Me extrañó lo que había hecho y ella me aclaró: "¡Ese dinero no es tuyo!". Protesté: "¡Pero yo no le he robado!". Dijo: "Esto es una limosna, y no quiero que aceptes limosnas de nadie". Me encareció que no le dijera nada a mi padre para que no me castigase y que tampoco se lo dijera a nadie.

Así, sólo conocí a tres hermanas. Aún las veo, cuando estábamos alrededor de la mesa, mirando al huevo que había ante mí con deseo y pesar: les habían enseñado a tratarme como a un hermano de posición privilegiada... Yo podía comer el huevo sin preocuparme, pero mi hermana pequeña, la que moriría varios años después de eso, no pudo evitar tocar el huevo pelado con su dedo. Entonces intervino la madre y partió una pequeña porción para ella.

Al atardecer nuestros ojos se clavaron en el camino... La madre no podía aguantarse y salió de nuestro barrio de la ciénaga hacia la carretera general... No volvió hasta después de caer las sombras... Yo estaba arrodillado junto a la mesa espionando a través de la ventana la venida de ella con mi padre. Cuando la vi sola me asusté; me encogí y me

hice un ovillo en el sitio en que estaba. Ella entró en la casa y encendió la débil lámpara de gas. Cerró la puerta y se sentó en la estera con mis hermanas a su alrededor.

Mi padre acostumbraba a toser o carraspear cuando volvía. Sabía que, en las noches en que se retrasaba, éramos unos oídos que escuchaban con todas sus energías y toda su impaciencia cualquier cosa que nos anunciara que volvía sano y salvo. Su tos era, quizás, un mensajero que tranquilizaba nuestros corazones inquietos. Cuando nos asegurábamos de ella, corríamos hacia la puerta. ¡Cuántas veces nos alegramos de su vuelta y nos apenamos de verle fracasado, llevando su bandeja de cobre con sus dulces sin vender! En esta situación yo sufría preocupado y en silencio: su sufrimiento se fundía en mi pecho como el plomo derretido, como el llanto de mi madre por mi hermana perdida y por la otra muerta, como el humo de nuestra lámpara de gas cuando su cristal se rompía y no teníamos otro, como las miradas de mi hermana pequeña hacia la madre en las noches en que se dormía sin comer.

Dijo mi madre dándose ánimos: “Volverá aunque sea tarde... en los días de verano va a los pueblos lejanos y espera hasta que refresca”. Le preguntó mi hermana mayor: “¿Y por qué a los pueblos lejanos? ¿No tiene miedo?” Dijo mi madre: “Para vender el ‘mušabbak’, hija mía. Los pueblos cercanos no lo aprecian... Los campesinos son pobres como nosotros y los vendedores no llegan a las montañas. Sólo tu padre llega allí... Le conocen y acuden a él”. La hermana volvió a preguntar: “¿Vuelve solo por la noche? ¿Y cómo conoce el camino en la oscuridad? Tú, en tus cuentos, decías que las montañas estaban llenas de ‘ġinns’, de animales salvajes y de salteadores de caminos”. Entonces ella le regañó angustiada: “¡Cállate! ¡No hay que augurar desgracias sobre el ausente!”. Reinó un silencio en el que la tensión alcanzó su punto álgido. Me imaginé que oía el ruido de unos pasos: me callé para escuchar con todos mis sentidos y puse mi oreja en el cerco de la ventana. Mi movimiento llamó la atención, pero el ruido de los pasos era una ilusión. Nuestros labios dejaron de hablar, nuestros ojos viajaron por los caminos de las montañas buscando su rastro e imaginando a nuestro querido padre unas veces en los valles y otras en las cumbres, caminando entre espinos y piedras, rodeado de la oscuridad y los aullidos de los lobos, llevando su bandeja, su “sība” y su cesta, solo, cansado, polvoriento y asustado como nosotros.

Mi madre propuso que rezáramos. Eso quería decir que desesperaba de que volviera aquella noche. Conocíamos los ritos de esa oración en nombre del ausente y la emprendimos con entusiasmo. Me paré en fila con mis hermanas frente a la imagen de la Virgen, con nuestra madre detrás de nosotros, y recitamos primero el "Padre nuestro que estás en los cielos", luego mi madre y mi hermana mayor rezaron el "Creo en el Dios único", en la medida en que ellas lo sabían, mientras nosotros permanecíamos callados. Luego repetimos con la madre la siguiente oración: "Señor, conserva a nuestro padre y devuélvenoslo a salvo... Señor, guárdalo de toda adversidad, aleja de él el mal, protégele de los malhechores, de todo lo que vuela, se desliza o hace daño a la gente... Señor, ayúdale para que venda toda su carga...". La madre, por un motivo que no conocíamos, nos propuso repetir una invocación tres veces y lo hicimos. Cuando terminamos, me acarició la cabeza, cogió la foto de la Virgen, la acercó a mis labios y la besé con toda mi alma, mientras ella decía: "Oh, mi señora Virgen, no descubras mi cabeza, la cabeza de esta pobre madre, y no hagas que este hijo viva huérfano; guárdanos bajo tus alas, recomiéndanos ante tu querido Hijo. Amén". Pasó la foto entre mis hermanas, luego la besó, la volvió a su sitio y se arrodilló ante ella. Nosotros hicimos lo mismo. Después se levantó y se quitó el pañuelo de la cabeza anunciando el final de la oración. Ya no quedaba más que irse a dormir.

Pero ella anunció que nos iba a tostar unos garbanzos que tenía guardados en una caja sobre un estante de la cocina. Su anuncio nos animó. Salí con mi hermana, traje algo de leña, y encendió el fuego. Nos recomendó que no nos durmiéramos. Como los garbanzos eran duros y viejos, los roció en el perol con un poco de agua después de tostarlos, los tapó para que fermentaran y nos repartió unos puñados, guardando una parte para el día siguiente. Para no gastar gas, tendió el colchón sobre el suelo y nos propuso que nos sentáramos en él y comiéramos los garbanzos sin luz. Tendió su mano hacia el candil, lo acercó, sopló y se apagó. Murmuró la oración para la ocasión: "La luz se apagó y el enemigo desapareció". En la oscuridad ya no volvimos a escuchar más que el crujido de los garbanzos entre las muelas... Después, cada uno se tendió en su sitio, lo más cerca posible de la madre, y nos dormimos con un deseo: que ocurriera el milagro y oyéramos los pasos del padre y su tos antes de que nos alcanzara el sueño.

Aquella noche, y antes de dormirme, decidí hacer algo por la madre y por la familia; pensé en trabajar como empleado en cualquier sitio. Yo era pequeño, delgado, con las mejillas pálidas; A pesar de que había comido de lo que robaban mis amigos, los niños del barrio, yo nunca robé. Mi madre me había pedido que no lo hiciera. Me había dicho que la Virgen me castigaría si lo hacía. Quizás no poseía la osadía para hacerlo, pero mis pequeños amigos, pobres y vagabundos, sucios y manchados con el barro y la tierra de nuestro barrio, robaban algunas cosas del puerto y de los almacenes, las vendían y compraban con ello comida, dulces y caramelos. Me las ofrecían y yo comía de ellas cuando tenía hambre. En el verano todos estábamos descalzos, y medio calzados en invierno. Entre mis amigos había algunos que me protegían y me defendían del daño y la enemistad de los demás. Se habían puesto de acuerdo, y no sé por qué, para considerarme como un niño sobresaliente entre ellos. Quizás eso se debía a mi éxito en la escuela, a que les ayudaba a estudiar y a que fuera hijo único y bueno con ellos.

Era muy querido por los hermanos Falfât. Eran dos hermanos ladrones, fuertes y valientes en las luchas entre los niños del barrio. El más pequeño estaba en mi curso; era inteligente, generoso, y ahora trabaja de carnicero en Beirut. Fue el que condujo a los niños, durante aquel verano, a trabajar en la costa del mar. De repente anunció que no quería robar, sino trabajar, y dijo que se había puesto de acuerdo con el jefe de los obreros de uno de los almacenes para emplear a quien quisiera de nosotros. ¡Dijo que el trabajo era simple, como jugar! En las playas del mar de Alejandreta, el puerto principal de Siria en aquel entonces, había muchos y grandes almacenes de grano. Como el mar no tenía puerto y los barcos paraban lejos, habían inventado, y nadie sabía quién, unos malecones de madera, con planchas tendidas sobre el mar, unidos a los almacenes con unos raíles de hierro. Sobre estos raíles iban unas pequeñas carretillas de hierro planas sobre las que se ponían los sacos de grano y las mercancías. Nuestro trabajo consistía en empujar esas carretillas con su cargamento desde los almacenes a los barcos y viceversa.

Los obreros eran los que realizaban esa tarea. Había un hombre que había aceptado emplear a los jóvenes en su lugar. Los pequeños fueron a trabajar y, al cabo de unas horas, algunos hombres les atacaron y les golpearon. Huyeron y se dispersaron. Entonces se pusieron

de relieve las dotes de malicia y tozudez de mis amigos, que se convirtieron en el orgullo de nuestro barrio y en la razón de que fueran sus líderes. Habían convencido a algunos chicos para apedrear las carretillas y dificultar su marcha, pues había muchas piedras en la playa. Así se desató una batalla que ambos resistieron con valor, del que fue testimonio la sangre sobre el pecho de uno de ellos por una herida en la cabeza. El jefe de los obreros decidió que era el momento de enfrentarse con los hombres que habían golpeado a los trabajadores jóvenes. Se produjo una terrible lucha, sobre las arenas calientes, a consecuencia de la cual cayó un hombre. El Yázirlı —éste era el nombre del jefe de los obreros— le llevó al hombro hasta el almacén y le tiró como un saco de lentejas en el rincón; después de una discusión, se comprometió a emplearles en su almacén; ellos aceptaron y permitieron trabajar a los jóvenes.

Estas historias me las contaban los que trabajaban. Propuse ir con ellos y aceptaron a condición de que mi madre estuviera de acuerdo. Ella se opuso por temor a mi delicada salud y mi deseo se frustró; entonces me quedaba parado, apenado y solitario, hasta que volvían por la tarde, cuando se reunían todos, y me contaban lo que había pasado en el día.

Me desperté temprano... Cuando abrí los ojos busqué a mi padre y descubrí que no había vuelto aquella noche. Entré en la cocina, vacié en mi bolsillo algunos garbanzos y dije a mi madre: “Me voy a trabajar”. Salí corriendo para no oír sus ruegos ni ver sus lágrimas... Alcancé a mis amigos en su casa. Les anuncié mi decisión. Les dije que mi padre no había vuelto y que no teníamos comida. Les rogué que me ayudaran... El más pequeño, con su ánimo tranquilo y su capacidad de decisión, dijo: “Vente con nosotros y no temas, no te haré cansarte... pon tu mano solamente en el hierro de la carretilla y no empujes... estaré contigo”. En cambio, su hermano mayor dudó en aceptarme en el trabajo a causa de mi pequeñez y mi debilidad. El otro se comprometió a intentarlo ante el Yázirlı o a obligarle a aceptarme. Tenía una confianza absoluta en sí mismo. Lo más probable es que su confianza hubiera aumentado después de las pedradas y que me considerara de su “banda”, de la que se había hecho el jefe y el responsable. Quizás quería ser semejante al Yázirlı en el terreno del liderazgo, aunque se abriera una nueva pelea de piedras.

Llegamos a los almacenes con la salida del sol. El trabajo, en aquel

entonces, empezaba al salir el sol y acababa cuando se ponía. Yo temía ser rechazado y en mi interior recé a la Virgen durante todo el camino. A medida que me acercaba a los almacenes aumentaban mi nerviosismo y mis palpitations. Cuando vi al Yāzirlī me dio un vuelco el corazón y se acentuó mi palidez.

Éste nos recibió con una lluvia de tacos a cuenta. Amenazó a los que no trabajaran con echarles y a los que crearan problemas con tirarles al mar. Contestó a un trabajador que intervino en la conversación: “Tú, Ibn Yārw, trágate la lengua, que si no te la corto... ¡que nadie intervenga!”. Todos se callaron, y gritó: “Vamos... al trabajo... ¿qué esperáis?” Cada cuatro niños fueron a una carretilla; los hombres sacaron los ganchos y se dirigieron hacia los montones de sacos de arpillera que llegaban hasta el techo.

El almacén, que llamaban “anbar”, era muy amplio. Tenía una gruesa puerta de hierro que chirriaba, al abrirse y cerrarse, sobre una plancha de hierro en el suelo. Al fondo del almacén había cuevas y recovecos. Sus paredes posteriores, transversales, tenían ventanas de hierro grueso y oxidado sobre las que anidaban las arañas y en cuyas redes estaban prendidos toda clase de insectos, de polvo y de paja. Estaban casi atrancadas porque no se abrían ni se cerraban; quizás había ocurrido así desde que se habían hecho. La luz a través de ellas daba una pálida claridad, pues apenas dejaban pasar el sol. Las cuevas, en forma de grutas, del almacén estaban oscuras porque los montones de sacos tapaban la mayoría de las ventanas. Del suelo y de las paredes se desprendía un olor salino a podrido asfixiante, y un olor a ratas muertas, algo parecido a la fetidez, de los rincones. El Yāzirlī, el juez de este reino cavernícola y el jefe de todos los que trabajaban en él, estaba parado, con las piernas separadas, con el faldón de sus zargüelles negros y polvorientos enrollado hacia atrás entre sus piernas, y con un gancho en la cintura, a pesar de que él no llevaba sacos como el resto de los hombres.

Terminó de dar órdenes y nos miró a mi amigo y a mí. Su rostro cobrizo, de un moreno oscuro, su “tarbūs” rojo sobre su frente ancha, sus ojos medio saltones, sus labios gruesos del color de la uva bastarda y su alta y ancha constitución me dieron miedo al principio. Agaché la cabeza ante él, esperando el veredicto. Mi amigo habló diciendo: “¡Ha venido a trabajar con nosotros!”. De pronto oí su voz bronca y sarcástica: “¡No quedaba más que este gorrión!”. Y al momento si-

guiente su mano me agarraba de la ropa a la altura de la nuca y me levantaba en el aire. No grité porque el miedo había paralizado mi lengua. Esperaba que me golpeará contra el suelo, pero me dejó colgando de su mano, caminó hacia la puerta y me tiró fuera, sobre la arena, como un gato muerto. Y desde su sitio gritó a mi amigo: "¡Corre tú al trabajo!".

Todo había terminado para mí. Había oído una noche a mi madre rezando y censurando a su Jesús: "¿Por qué, mi Señor, nos castigas a nosotros, pecadores? ¿por qué nos has abandonado?". Y he aquí que me abandonaba a pesar de mis ruegos. Bajo la presión del dolor, la rabia y la aniquilación, le censuraron mis sentimientos infantiles con palabras muy duras. Mis odios se revolvieron, de un sólo golpe, contra el cielo, contra el universo, contra mi cuerpo delgado y débil, contra las lágrimas de mi madre y sus rezos. Nació en mí una oleada de cólera indomable hacia el mundo; emergieron en mi imaginación, como una mancha de aceite que se difunde con rapidez, los montones de piedras y la acción de mi amigo, de la que había oído hablar, como la acción mejor y más útil. Apreté mi puño sobre el fantasma de una piedra grande para tirarla a la cara del Yázirli y hacerle sangre.

Me llegó la voz de mi amigo, más osado de lo que yo esperaba: "No trabajaré si no trabaja él también". Le gritó enfadado: "Al infierno... ¡hijo de...!" Y le atacó; pero mi amigo huyó sobre la arena, se volvió a él y le insultó de la misma manera. Me imaginé que le perseguiría hasta el fin del mundo, que le pisotearía o que le trituraría con sus dientes. Y, sin darme cuenta, me encontré huyendo, y deteniéndome tras él a suficiente distancia. El Yázirli estaba parado en la puerta del almacén con las manos en la cintura: "Si te alcanza mi mano o pisas esta zona, ajustaremos cuentas, hijo de...". Gritó mi amigo sin importarle: "Y si quedan chicos que trabajen contigo yo seré un hijo de... ¡oh...!".

Ya no recuerdo todos los insultos que intercambiaron después de eso. Por ese lado, yo estaba seguro de la superioridad de mi amigo, pues me había dicho que se había entrenado en ello un día completo. Había hecho sentar a su hermano en un "vagón" estropeado en la estación del ferrocarril y él se había sentado en otro, enzarzándose en una competición de insultos terribles hasta el atardecer. Además, cuando pasábamos junto a dos mujeres que estuvieran peleándose o junto a personas discutiendo, se paraba y escuchaba con atención.

Cuando nos íbamos, decía: “Hay insultos que no merecen mención. Son de bajo calibre”. O se marchaba, sin pararse, porque era “una pelea de personas” o “las obscenidades eran pocas, como si las contendientes fueran hijas de monjas”. Soy testigo de que él no insultaba con sus palabras; utilizaba su mano, no su lengua. Sin embargo, tenía afición a asistir a las peleas de las mujeres. Cuando una de ellas decía un taco o hacía algo nuevo o simpático, él la apoyaba inmediatamente. Le pregunté el motivo y me sorprendió su contestación: “Quien insulta es débil”. Dije: “¿Y esos insultos que tú reúnes?”. Dijo: “Yo soy un aficionado; es posible que algún día me sirvan”.

¡Y he aquí el día en que le habían servido los insultos! Le envidié, y a mi vez lancé unos pequeños insultos para mis adentros. Pero el Yâzirli cambió su postura de repente cuando vio a los niños parar los carros y reunirse a su alrededor. Quizás se había dado cuenta de que la batalla estaba perdida o había sentido que su fama decrecía al luchar con aquel joven. Es posible que simplemente le gustara mi amigo, pues le perdonó, como había perdonado mi amigo a un niño que le había insultado con un taco al que nadie había llegado. Lo importante fue que el hombre le gritó: “Ven al almacén y nos comprenderemos”. Mi amigo le puso una condición: “¡Coge tus bigotes e iré!”. Los trabajadores se rieron y aplaudieron. Les regañó, temblando, pero luego cogió un lado de sus bigotes y dijo: “¡Oh, hijo de perro... ven antes de que me enfade de nuevo”. Mi amigo fue hacia él y le cogió de la oreja. Uno de los obreros exclamó: “Recuerda que pusiste tu mano en tu bigote”. Dijo el Yâzirli: “Le perdonaré si besa mi mano”. Luego se suavizó: “¡Si retira sus insultos!”. El amigo retiró sus insultos y por fin se realizó la reconciliación, con el dictamen de un trabajador entrado en años: “¡La furia de las peleas no es furia!”. Mi amigo fue a la carretilla y yo detrás suyo. Al poner mi mano sobre el hierro entré en el mundo del trabajo y dejé el mundo del estudio. Aquello ocurrió al final de la época de la escuela, cuando yo tenía doce años.

Me volví loco de alegría. Mi amigo se agrandó a mis ojos y, sin proponerlo o pedirlo, los niños le elevaron a la categoría de líder. Para estar a la altura de su confianza y manifestar mi gratitud, empecé a empujar la carretilla con fuerza. El mar, azul y hermoso, se extendía plano, celeste, sin límites, frente a nosotros. Sobre las arenas, como la sémola, en la que se hundían nuestros pequeños pies, estaban tendidos los raíles rectos desde el almacén hasta los malecones. Las olas,

de blancas espumas, se deslizaban sobre la masa arenosa de la costa de la bahía. El sol brillaba en el cielo cristalino y reluciente y sacaba con rapidez la humedad de las cosas.

Sobre el escalón de la plancha, en un raíl que subía un poco sobre el nivel de la arena, empujar la carretilla exigía una presión más fuerte. Mi amigo dijo: "Ten cuidado, esto produce hernia". En el camino de regreso al almacén, con la carretilla vacía, los niños empujaban con fuerza y saltaban a la carretilla que atravesaba un trecho de arena por el efecto del impulso en la pendiente. Me gustó mucho ese juego, pero me impidieron disfrutar de él, pues el carro se salía del raíl al chocar contra la arena y caía encima de quien estuviera en él, causándole fracturas y luxaciones. Le pregunté: "Entonces, ¿por qué se suben en él?". Dijo: "Dentro de poco lo sabrás". Era dos años mayor que yo, y he aquí que de golpe me sacaba varios años de ventaja. Aquello no era la escuela. Allí yo era el inspector de la clase y los alumnos mayores buscaban mi amistad. Ahora, yo debía pagar con la misma moneda. Tenía que aprender y hacerme a la idea de que la fuerza del cuerpo era la requerida, no la fuerza de la memoria... ¡Cuánto he odiado mi débil constitución! Cuando un niño más pequeño que yo me derribó en una pelea que me impusieron, me embargó una profunda angustia, hasta que llegué a la conclusión de que me había ganado por su buena alimentación. Me consolé con eso, apenado... y no se lo dije a nadie. En aquel tiempo pensaba que la pobreza era un defecto y ¡cuánto me esforcé inútilmente por esconder esa pobreza!

Esa sensación de debilidad a consecuencia de la mala alimentación y el odio hacia ella me volvió al cabo de unas horas de haber empezado a trabajar. No seguí el consejo de mi amigo. Desdeñé el engaño y empujé con toda mi energía, que era pobre, desentrenada y que empezó a disminuir con cada viaje. Comencé a jadear y escondí mi jadeo todo lo que pude, evitando el ojo del Yázirlı para no ponerme en evidencia y defraudar a mi amigo. En los pocos minutos que se tardaba en cargar la carretilla de hierro o vaciarla, masticaba algunos garbanzos, lo único que tenía para comer, en un intento de recuperar mis fuerzas. A pesar de eso, sufrí un vergonzoso fracaso.

¿Acaso había observado esto mi amigo? ¿Había descubierto mi sufrimiento y había visto mi mirada de miedo a la vergüenza por mi debilidad frente al Yázirlı, a los chicos y a él mismo?... Es posible... Y, para que disminuyera, me propuso montarme en la carretilla al volver

vacía del almacén. Me negué, es más, insistí en negarme empujando, por la vergüenza que me dominaba. Propuso que nos montáramos juntos y empujáramos la carretilla por la pendiente como hacían los demás. Lo hicimos, pero la carretilla pasaba una cuarta parte de la distancia de esa manera, y luego se paraba; entonces nos bajábamos y la empujábamos hundiendo nuestros pies en la arena que se había vuelto más y más ardiente al avanzar el día de julio. Al mediodía, se había convertido en ceniza abrasadora.

Quien ha vivido en el horno de la profesión puede comprender el tormento: sobre el rescoldo de la arena, bajo la llama del sol, y frente a nosotros una carretilla, con una tonelada o más, cuyo hierro quemaba; el aire estancado, viscoso; la garganta seca, y nosotros marchando, empujando la carretilla. Cuando mis fuerzas se debilitaron al máximo, hasta estar a punto de caer, mi cerebro empezó a lanzar llamadas de socorro: "Otro paso... otro más... saca el pie derecho de la arena... saca el izquierdo... otra vez el derecho... por tercera vez el izquierdo".

¡Bueno! Arrastré mis pies, empeñado en resistir con toda la voluntad, distrayéndome con la esperanza del descanso del mediodía. Cerré los ojos para detener el mareo y me permití engañar un poco. Disminuí mi empuje, llegando a no empujar más que cuando la carretilla subía la rampa del malecón. Procuré no pisar la arena y entonces encontré las barras de hierro todavía más calientes. Pensé en parar a medio camino. Mi cabeza zumbaba, mi estómago se levantaba con la náusea que precede al vómito, mis miradas estaban exhaustas, nubladas, y las arenas formaban olas en forma de espejismo. Sentí un ahogo, como el que está parado en la cumbre de una montaña con el aire vacío de oxígeno. Me imaginé sentado al pie de una pared sombría como el mayor de los deseos... "¡Oh, nuestra casa de tierra, el umbral de la entrada regada con agua en el verano; si volviera a vosotros, me tendería respirando el olor de la tierra y la humedad! ¡Oh, mi buena madre; si estuviera a tu lado, con la cabeza sobre tu pecho, lloraría hasta llenar el cántaro vacío y tú, madre, comprenderías mi llanto, pues no me avergüenzo de él frente a ti! ¡Tú, cielo! ¡Ay, qué lejos está el cielo! Y Jesús está allí, y la Virgen y mi hermana y yo, llevado por las nubes, yendo hacia él. Ahora deseo ir hacia él. Ella hizo bien en irse. Quizás esté bajo un árbol jugando. ¡Si me viera acercarme, si yo la viera sentada en una sillita con su pequeña muñeca en el regazo, como la conocí entre nosotros!"

Recorrimos la distancia hasta el mar y volvimos al almacén. Llenaron la carretilla y él empezó a empujar... Yo no empujaba; desde hacía un rato no empujaba... ponía la mano sobre los sacos y me dejaba llevar... me mordía los labios dejándome llevar, me agarraba a escondidas a un lado del saco y me colgaba de él... Ya no contaban ni el mar ni la casa ni el rostro de la madre ni el cielo ni mi hermana pequeña que estaba en el cielo, como fuentes de interés o de deseo... Ya no estaban ni mi padre ni mis hermanas en mi conciencia. Todo cesó. Me separé de la existencia y del tiempo. Se estropeó la máquina de imaginar y de sentir lo que había fuera de mí. Yo, las arenas y nada más. Mi mano, agarrada al saco, se aflojó; caí en la arena y me quedé tendido en ella.

Me levanté y di un paso, otro, un tercero... La existencia se nubló... El cielo parecía dar vueltas con una terrible rapidez. Me imaginaba que era una cúpula azul que giraba sobre un eje invisible. Giró más, se achicó y terminó convirtiéndose en algo semejante a un plato, luego a la boca de un vaso, luego a un botón. Finalmente se convirtió en un punto de luz y se apagó... y reinó una total oscuridad.

* * *

Cuando abrí los ojos, mi amigo estaba frente a mí y detrás de él el Yāzirli. No me asusté de la presencia de este último. Me daba igual. Sólo que me dejara donde estaba... Mi amigo se agachó y me dio unas palmadas sobre las mejillas. Me llamó por mi nombre y no le contesté. Cuando volví en mí tenía una cebolla pegada a mi nariz, la mano del Yāzirli sosteniendo mi cabeza y el agua llenando mi ropa. Me sentí relajado a pesar del cansancio. Estaba sentado a la sombra, en el interior del almacén, recobrando el aliento mientras el deseo de dormir jugueteaba con mis párpados. El Yāzirli me levantó cogiéndome por debajo de la axila y me sentó sobre un saco vacío; trajo una gaseosa y la acercó a mi boca. Cuando nuestros ojos se encontraron no creí que era él. Era otra persona que no mataba a los niños, como yo había imaginado. La palma de la mano con la que me había levantado al principio para echarme fuera, ahora apoyaba mi cabeza. En los ojos saltones y amarillentos, en sus órbitas, había un poco de compasión y de cordialidad y su color espúreo no parecía extraño ni temible.

Mi amigo me dejó y volvió al trabajo. Según parecía, estaba de acuerdo con el Yāzirlī. A la hora de la siesta supe que éste no nos había insultado ni a mí ni a mi amigo. No había dicho nada de la pelea de la mañana. Cuando caí sobre las arenas ardientes, saliéndome sangre de la nariz, y los niños corrieron gritando: ¡ha muerto!, se apresuraron los que estaban en el almacén precedidos por el Yāzirlī, el cual me levantó de la arena, me abrazó entre sus fuertes brazos y fue al almacén con los niños y los hombres detrás. Se detuvo el trabajo cuando estaba en su punto culminante. En circunstancias como éstas, y por cualquier motivo, el Yāzirlī bramaba como un toro, sacaba su gancho y se quedaba plantado con cara de malas pulgas. Y cuando no pegaba, ventilaba su cólera contra el suelo, golpeándolo con el gancho hasta que abría un agujero. Entonces reinaba el silencio y volvía el movimiento del trabajo a su ritmo habitual.

El Yāzirlī me colocó en el almacén y me echó un jarro completo de agua. Frotó las venas de las manos, entre el índice y el pulgar, acercó a mi nariz una cebolla y la aplastó con su gruesa manaza. Limpió la sangre con su pañuelo y con su ayuda volví en mí. Todo eso pasó con rapidez y de la misma manera gritó a los que miraban: “Cada uno a su trabajo”. Se dispersaron y se quedó mi amigo, un poco callado y, quizás, avergonzado, esperando a cada instante que le riñera, que se burlara de él y del “gorrión” por el que había insistido para que le diera trabajo. Pero no lo hizo. Al final, ordenó a mi amigo que volviera al trabajo y obedeció. Me quedé donde estaba, sobre el saco vacío, aplastado de cansancio y vergüenza bajo la compasión de los ojos de los chicos y de los obreros.

No sé cuanto tiempo me quedé así. Fui volviendo en mí poco a poco, pero no recuperé mi voluntad de trabajar como era necesario... Deseaba quedarme como estaba. Es más, no pensaba en lo que tenía que hacer ni en nada. Sólo era un pequeño montón de carne sin valor en el que vacilaba la respiración, un par de ojos negros bajo un largo cabello castaño, un cuello delgado sobre el que había una cabeza redonda, afilada en la coronilla, e inclinada sobre el hombro; y allí estaba sentado con languidez, indiferente, sin fuerza para moverme. A través de la puerta del almacén, mis miradas vagaban por la lejanía; se movían con la fatiga del que convalece de una enfermedad; y con desconcierto, sensación de abandono y tristeza por todo lo ocurrido; cayeron sobre la arena, se sumergieron en el mar, viajaron al barrio, si-

guieron a la madre y las hermanas hasta la casa, al padre ausente en su penosa gira por los pueblos llevando sus dulces, resecos por el sol, llenos de polvo y con las moscas pegadas encima. Luego las miradas volvieron de su viaje derrotadas: se habían perdido las esperanzas de trabajar... Ahora daba vergüenza volver a casa produciendo más sensación de fracaso y desesperación en los que estaban allí.

Lo extraño es que no pensaba en matarme, ni en la muerte que me llevara al lado de mi hermana en el cielo, ni en volver al barrio y llorar sobre el pecho de mi madre. Me dominaban los sentimientos de una pena sutil, como las nubes de otoño, que a menudo nos había afectado al volver el padre fracasado de su gira. El mismo volvía triste, derrotado, como quien ha cometido una falta. Y en estas situaciones dominaba el silencio y cada uno de nosotros respetaba la aflicción del otro. Si era al atardecer, yo me escapaba, caminaba solo, dejando a un lado las peleas y los juegos, pensando de una forma dolorida en la situación en que había dejado a mi familia en casa, y después me dormía sin preguntar nada.

Aquella mañana había desafiado la naturaleza triste y habitual de las cosas en nuestra paciente familia y había salido a trabajar. Había saludado, quizás, a una esperanza... En mis ilusionadas hermanas habían nacido los sentimientos de que había llegado el día en que yo iba a trabajar y a ayudar a mi padre, poniendo los guijarros en la tinaja del agua, como en los cuentos de mi madre. Y he aquí que, con un sufrimiento humillante, añadía con mi derrota un nuevo hilo a la "cuerda" que el destino nos tejía, como decía mi padre.

Decidí no volver a casa. Y, si volvía al barrio, esperarí a la oscuridad, caminaría hacia el-Manšiya y dormiría junto al tronco de un árbol. Lo mejor era que me marchara, buscara trabajo o sustento y, cuando lo consiguiera y llenara mi bolsillo, regresara, empujado por un enorme e ilimitado deseo de volver a mi madre. Vaciaría todo lo que tuviera, hasta la última pieza, en su regazo y traería bizcochos y "jamira" a mis hermanas. Tenía que levantarme, entonces, y caminar. Me deslizaría, sin que nadie se diera cuenta, y me alejaría de aquel lugar, sin importar hacia dónde ni hasta cuándo... quizás hacia allí donde el cielo se unía con la tierra. Me preguntaba: ¿Qué es lo que hay detrás de esa unión? ¿Se acaba el mundo? En la escuela la maestra había dicho: No, la tierra es redonda y volvemos al punto de partida. Me entristecí. Me imaginaba que podía atravesar la distancia en un día y lle-

gar al fin del mundo. Deseaba ir lejos y no volver al punto de partida... Caminar, caminar, atravesar el límite de la unión, en el horizonte lejano, y ver lo que había detrás de él. Éste era el deseo pues, quizás, como en los cuentos, me cogería una "ÿinn", me convertiría en su hijo y me abriría los tesoros; quizás llegaría a una ciudad cuyos habitantes estuvieran esperando la llegada de un extraño para hacerle príncipe; o quizás me encontraría con aquella señora del coche, bajaría, me besaría y me daría dinero. Incluso si no la encontraba ni encontraba comida, ni casa, marchar así, hacia donde no sabía, era un consuelo y una salida del apuro.

Me aparté del saco en dirección a la puerta. Nadie me miraba ni se preocupaba por mí. Esperé hasta que se alejó el Yâzirli hacia el interior del almacén y me moví para salir. Y entonces ocurrió un suceso que estropeó mi plan de hacer un viaje imaginario alrededor de la tierra.

Los sacos de arpillera que se transportaban del almacén al mar se sellaban con marcas de grandes letras latinas. Estas letras estaban escritas y recortadas sobre planchas de hojalata. Sólo quedaba que el obrero pusiera una de las planchas, elegida por el Yâzirli según el papel que había en la oficina con las marcas señaladas, y luego la llenara de tinta, y la letra o las letras quedaban dibujadas en el saco. Para mi buena suerte, y también para la mala suerte del obrero, una placa se perdió y el trabajo se detuvo. El Yâzirli repasó todas las placas, todos los rincones, sin encontrarla. Se puso furioso, insultó, paró la carga, y la plancha necesaria seguía sin aparecer. Agarró el papel y lo golpeó diciendo: "Ésta es la marca. El barco no acepta la mercancía sin ella". Me acerqué a él con cuidado y la miré. Las letras eran claras. Entre ellas estaba la letra H. Y dije mientras mi voz casi no se oía: "Yo la escribiré".

Sólo giró su cabeza hacia mí, y de nuevo vi en sus ojos el desagrado y el desprecio, pero de pronto se dio la vuelta y preguntó: "¿Tú sabes leer y escribir?". Dije temeroso: "¡Sí!". Y gritó como de costumbre: "Pregunto si sabes leer y escribir extranjero, no árabe". Dije: "Extranjero también". Y para demostrarlo cogí la brocha y dibujé sobre el suelo las letras requeridas. Cuando levanté mi cabeza recibí la primera respuesta de consideración en el asombro de los ojos que me rodeaban. Inmediatamente corrió la savia de la vida por mi sangre y llevé el cubo de tinta y la brocha con un temor mezclado de nervio-

sismo, alegría y fuerza, con todos esos diversos sentimientos ante un cambio tremendo y sorprendente.

Tenía que trabajar rápidamente para que marchara la carretilla parada con su carga. El Yázirlı me observaba para que no me equivocara comparando las letras del papel y las letras de los sacos. Esa vez pasé el primer examen práctico de mi vida con éxito. Entre las observaciones de los obreros y los comentarios de los niños, todos a mi favor, el “gorrión”³ subía por los montones de sacos con la ligereza de la ardilla, dejando tras él las primeras letras que hacía sobre algo distinto de los cuadernos de la escuela... Ahora escribía con tinta, sobre los sacos, frente a hombres que no habían conocido el camino de la escuela y que no habían cogido un lápiz más que para afilarlo; a la vista de unos chicos que habían crecido en los callejones y que seguían boquiabiertos a mi mano mientras pintaba las letras con tinta negra, brillante.

Finalmente se acercó la carretilla de mi amigo. Yo estaba en la cima del montón, cerca del techo y, desde su sitio en el suelo, me gritó: “Tú, ¿qué haces ahí?”. Dije con orgullo: “Escribiendo, como ves”. Dijo el Yázirlı: “Así que tu ‘gorrión’ es un chico de escuela, ¿por qué no me lo dijiste por la mañana?”. Mi amigo se sonrió y volvió a mirarme con admiración. Estaba en mi curso y era capaz de escribir como yo, aunque era menos preciso y ligero. Pero no quiso rivalizar conmigo ni disminuir la importancia de lo que yo hacía. Quizás consideró aquello como un triunfo suyo o quizás su corazón de niño no conocía el rencor, y me abandonó satisfecho, feliz, sin percibir, que yo, qué desgracia, tenía el sentimiento desbordante e ilimitado de haberme alzado sobre los compañeros, y que, en ese orgullo engañoso, había recuperado mi confianza en mí mismo y me vengaba de mi fracaso y mi derrota frente al deshonor que había sufrido.

De las profundidades del puerto llegó el sonido de la sirena del barco de carga. Los cargadores y los marineros conocen las señales de la sirena y las traducen; es más, también conocen el barco que las lanza. El Yázirlı empezó a provocarnos diciendo: “El barco pide la mercancía”. Con el movimiento de un antiguo cargador y quitándose la chaqueta, se lanzó, y cogió el gancho; lo enganchó en el saco, lo levantó sobre la espalda y lo arrojó en la carretilla. Se volvió hacia los que le seguían, gritando: “¿Dónde está vuestro ánimo, muchachos?”. Su saco iba, transversalmente, en su posición sobre el eje de la carre-

tilla y no era necesario ajustarlo ni empujarlo con el gancho. Esto, además de la capacidad para levantar sacos grandes, de cien kilos o más, era señal de habilidad. Un cargador que se había hecho famoso por levantar “haces” de doscientos kilos y subir con ellos por el tablón de madera, dijo:

—No te hagas el hombre, Yâzirli... Trabajamos más de los que podemos. ¡Tienes hombres!

—Los hombres están en los otros almacenes... ¡Vosotros sois unos viejos... y no voy a decir unas mujeres!

—¡Si tuvieras padre, serías justo!

El Yâzirli se detuvo, le asaeteó con la mirada y luego escupió:

—Estás en lo cierto... ¡Yo soy un hijo de... porque empleo conmigo a hijos de... como tú!

Intervino un cargador del otro lado:

—Si no te gustamos, nos despides... Hay miles de patronos.

—Naturalmente... porque es verano... En invierno cambiáis el tono, besáis los zapatos...

—Besar los zapatos —dijo un cargador tuerto— no es nuestra especialidad... Tú conoces a tus hombres; sin ellos estarías pidiendo limosna...

Le gritó el Yâzirli:

—Cállate o te saco tu ojo sano, tuerto charlatán...

El tuerto sacó su gancho y se inclinó sobre los sacos:

—Si no fueras una mujer, lo harías...

—Y seré una mujer si no lo hago...

Estaba tan excitado que me puse nervioso y cayó algo de tinta sobre el saco. No creía que en el mundo existiera gente que se insultara y se golpeará con esa facilidad y sin motivo. Ignoraba la alusión que entrañaban las palabras y el simple deseo de lucha que había en los pechos. Con asombro y miedo seguí el movimiento de los ganchos que se levantaban como dientes. Observé que al Yâzirli se le saltaban más los ojos y que al tuerto le temblaba el ojo sano que ya no parpadeaba. De encima de los sacos bajaron los hombres, sujetaron a los que peleaban y les separaron. El Yâzirli aceptó la intervención de la gente y gritó: “¡Basta! Volved al trabajo; por la noche ajustaremos cuentas”.

El cargador que levantaba los “haces” saltó y se sentó en el suelo gritando, mientras sacudía su vestido del que salía una nube de polvo:

—No voy a volver... ¡Esta noche me voy a emborrachar!

—Tú eres libre —dijo el Yāzirli—; después del trabajo haz lo que quieras...

—Entonces, me darás a cuenta...

—Ni hablar...

—Por tu Señor —juró— que no me levantaré hasta saber mi suerte... Yo soy tu huésped esta noche, Yāzirli.

—Eso es una alegría y un honor... vente esta noche a la taberna y bebe hasta que tē mueras.

—Yo no pinto nada en las tabernas...

Subieron las voces:

—Quiere su “ración” a secas...

—Sí... lo quiero en seco...

—Eso depende del trabajo.

—¡Palabra de honor, Yāzirli!

—Esta es la palabra del Yāzirli... vamos... recompensadme de lo que ha pasado... levantadme el trabajo... ¿No soís la sirena del vapor?

El que estaba sentado se levantó dejando su gorro de fieltro en el suelo. Silvó, giró sobre sí mismo como un acróbata y apartó al Yāzirli de su camino... Separó las piernas y tomó el saco... y enseguida se elevaron las carcajadas... Mientras yo trabajaba, le observaba para saber el motivo de la risa y era que ladraba como un perro mordiendo los sacos, y cuando lo alcanzaba, levantaba el saco entre sus brazos, apoyando el lateral contra su pecho, caminaba con él y lo arrojaba en la carretilla. El Yāzirli le gritó animándole:

—Lo has hecho muy bien... ¡ay!, estás haciendo de menos a quien sólo busca su cena.

Protestó uno de ellos:

—¡Nosotros no nos quedamos cortos!

—No os quedáis cortos —reconoció.

—Y tú te endureces con nosotros a la hora de marcharse...

—Porque sois unos codiciosos... Mirad...

Miré y vi a un cargador canoso, de voz aguda y risa como el cacareo de una gallina, que volvía de fuera. Yo no comprendía nada. Y los cargadores volvieron a reír, mientras el tuerto decía:

—¡Ya lo ha hecho!

—Sí... sí... he hecho mis necesidades... como la gente.

Gritó el Yāzirli.

—Viejo embustero... ¿dónde has escondido el trigo?

El canoso juró. El Yâzirli le dejó, salió fuera y al momento, volvió con una «kūfiya» atada sobre media lata de trigo en la mano. La desató y vació su contenido sobre el montón de sacos que se rompían al cargar las carretillas.

Al mediodía me había afianzado en mi oficio. Conducido por mi amigo, fuimos al mar y nos sumergimos. Le di a comer unos garbanzos que él aceptó. Yo también comí de sus provisiones y volví contento a mi trabajo. Me gustaba mucho el almacén, sus hombres, sus insultos, sus peleas y sus olores fétidos. Mientras pintaba las letras, empecé a imaginarme el camino de regreso a casa, y las palabras que iba a contar a mi madre y mis hermanas... Sólo una preocupación podía empañar mi alegría: volver y no encontrar a mi padre en casa.

Al atardecer, después del trabajo, el Yâzirli insistió en registrar a los hombres. Se habían echado sus chaquetas sobre los hombros, dispuestos a salir, y dijo el Yâzirli:

—El calor quema la cola del pájaro y vosotros lleváis chaqueta... a la “francesa”. Acercaos a mí.

Las chaquetas tenían unos grandes bolsillos de algodón bajo los forros y se demostró, como se temía el Yâzirli, que estaban llenos de trigo, lentejas y distintas clases de grano. Los zaragüelles también tenían bolsillos y él les ordenó:

—Vacíad lo que tengáis sobre el suelo...

Gritó el canoso:

—¿Lo ves? Has vuelto a la dureza... ¡No tengo más que un puñado de trigo, de “salīqa” para los niños, de eso que se barre!

—Un puñado, dos y tres, los dejo... pero lo demás, que vuelva a su sitio. Si se perdiera peso, se arruinaría mi casa y se vaciarían vuestros bolsillos.

Empezaron a dar la vuelta a sus bolsillos. Luego se acercaron y él los registró uno por uno. Noté que investigaba a algunos de manera especial. Perdonaba las cantidades pequeñas. Cuando le llegó el turno al canoso, se echó a reír. Caminaba como quien tiene una hernia... pues el faldón de sus zaragüelles tenía tres kilos de trigo. Apenas el Yâzirli tendió su mano hacia él, gritó el canoso:

—¡Ay, mi hernia! ¡Me has matado, hijo de perro!

Corrió hacia la puerta y salió, y los cargadores tras él. Y, por primera vez en aquel día, me reí con todas mis ganas. Cuando intenté marcharme, me detuvo el Yâzirli:

—Tú, no te vayas... Tengo algo para ti; espérate un momento.

Lo dijo despachando a los chicos, y entre ellos a mi amigo. Y desapareció en las profundidades del almacén, comprobando las puertas y las mercancías. Yo me quedé sorprendido de su desvelo y de su seguridad, de su dureza y de su bondad al mismo tiempo. Cuando terminó con aquello me llevó a un sitio donde daba la luz, cerca del borde de la puerta, sacó un cuadernito de su manga y me ordenó:

—Escribe lo que te voy a decir: Una entrada de Yāwād con fecha tal y debajo de ello, cinco kilos de lentejas. Una entrada con su fecha tal, del calvo... y bajo ella pones diez kilos de trigo... Una entrada...

Cuando escribí lo que pidió, el cuaderno volvió a su manga y me dio tres piastras, con esta observación:

—Esto, aparte de la cuenta... No digas nada a nadie... ¿Comprendes?

Arrugó el entrecejo y me despachó.

Mis manos estaban manchadas de tinta y, temiendo que no se viera suficientemente bien, las manché más antes de irme y entré en el barrio con los brazos colgando a los lados y las palmas de las manos abiertas para que las viera la gente. En casa, estaba la buena noticia: ¡Mi padre había vuelto! Mi madre me abrazó y lloró de alegría. Después de contarle todo, excepto la historia de las “entradas”, le di las tres piastras. Se arrodilló delante de la imagen de la Virgen y le hizo una promesa. Salió y dio vueltas por las casas de las vecinas diciendo:

—¿Habéis oído? Mi hijo tiene un empleo... es escribiente. ¡Lo mismo deseo para vuestros hijos!

* * *

Al final de la primera semana se llevó a cabo el pago de la cuenta a los hombres y los chicos por parte de un empleado que había enviado el comerciante, dueño del almacén. El Yāzirī me retuvo, como era su costumbre cada noche, y tras aclarar los precios de cada género, me ordenó:

—Cuéntame las piastras de cada entrada... cada nombre por separado.

Lo hice: Movié la cabeza, soltó un taco y dijo:

—¡En suma será...!

Sumé las entradas y sus precios. Volvió a mover la cabeza y a saltar tacos:

—Me han robado, los hijos de perra, a mí, que no sé leer ni escribir... Pero ahora empieza el trabajo controlado. Ya tengo un escribiente, alabado sea Dios. Vente mañana al café. Te estaré esperando.

Fui y me dio algún dinero como recompensa. Al cabo de unos días me preguntó, después de registrar las nuevas entradas:

—¿Por qué no llevas chaqueta como los demás? Usa una chaqueta. Dile a tu madre que te agrande los bolsillos. Vendrán los días de invierno y es necesario algo de “salīqa”.

Para facilitarme el asunto y evitar que pensara mal de él, señaló al montón de trigo que había cerca del rincón:

—Quien recoge la miel se chupa los dedos... Nosotros aquí no nos chupamos los dedos... Yo no lo permito... Pero esto son “barreduras...” No hay más remedio que barrer el suelo... por su bien... No hay beneficio para nadie.

No puse mucha atención a sus palabras. A veces se rompía un saco y otras lo rompían a propósito. Yo no veía sus entradas... las registraba pero no las veía... sin embargo, dudaba de que fueran barreduras. Lo más seguro es que fueran de la “miel”. No se me pasó por la imaginación el delito de chuparse los dedos que recogían la miel y, si se me hubiera pasado y lo hubiera dicho a los demás, se habrían reído de mí y quizás me habrían pegado...

Pero, rebuscando por el almacén, tropecé con unas cajas en las que había unos folletos de la imprenta de Muḥammad el-Bablī el-Ḥalabī e hijos, de Egipto o Alepo. Tenían el nombre encima y las tapas de algunos estaban arrancadas. Saqué un folleto sobre el que había unos dibujos y leí la primera historia de “Las mil y una noches”. Luego, cada vez que se me presentaba la ocasión, me ponía a rondar alrededor de las cajas “chupándome los dedos” también. El Yāzirli me vio y se acercó a mí sonriendo:

—Coge los que quieras. Esto son “barreduras” para los ratones. Nadie se interesa por ellos.

Durante el tiempo que trabajé con él confirmé que a nadie le interesaban esas “barreduras”, sólo al escribiente de las entradas y a los ratones del almacén.

Después de eso, y de manera repentina, el Yāzirli entró en la cárcel. Me puse muy triste por su causa. Los cargadores se apenaron y

hablaron de ello. Frente a él estaban divididos en dos grupos, y yo no comprendí lo que había sucedido más que a través de mi amigo:

—El Yāzirli ha abordado a su vecina cuando estaba desnuda como Dios la creó.

Y buscando detalles excitantes le pregunté:

—¿Sin nada de ropa?

—Te digo que estaba desnuda... como había venido del vientre de su madre...

—¿Y cómo la vio?

—Se estaba bañando, sentada en una gran tinaja; su pecho, sus senos y su espalda eran blancos... ¿Tú no has visto en tu vida a una mujer desnuda? —se frotó las manos—. ¡Ay, si yo viera una mujer desnuda como él!

—¿Qué harías con ella? ¡Qué vergüenza!

—¡Una vergüenza! —y me empujó en el pecho cariñosamente—. Tú aún eres pequeño... Vete y arrodíllate frente a la Virgen.

Aquella noche no me arrodillé frente a la Virgen. Quise demostrar que era mayor y me dormí pensando en la mujer desnuda en esa tinaja, con el cuerpo blanco, con los hombros, el pecho y la espalda descubiertos... Disculpé al Yāzirli que la viera... pero me sorprendió cómo la vio y cómo tuvo la valentía de irrumpir en la casa. Me preguntaba: ¿Por qué se ha arriesgado y entrado en la cárcel? ¿Por una mujer? ¿Y qué hizo después de caer sobre ella?

Pero el encarcelamiento del Yāzirli no duró mucho. Salió con la fianza del comerciante y continuó su trabajo en el almacén. Yo continué registrando las "entradas". Volvieron sus gritos y peleas con los obreros. A veces había en ellas algunas alusiones que le sublevaban y se enfadaba tanto que se ponía como loco.

Encontré en él a "una persona que no tenía miedo" y le quise por eso... Un domingo fui a su casa y vi con él al "cargador de los haces". Ambos estaban bebiendo vino. El cargador estaba sentado frente a él escuchando y marcando con su cabeza el ritmo de una melodía. El Yāzirli estaba cantando, amenazando a los que habían testificado contra él y habían alegado en falso. Con las manos puestas sobre los oídos, se inclinaba hacia su amigo gritando:

Al león, cuando cae,
el cobarde le dice ¡ciego!
Pero el que atestigua en falso
está aún más ciego.

* * *

Después tuvo lugar la emigración de la provincia, y nos separamos. Durante veinte años no le vi ni oí hablar de él. Cierta atardecer, mientras estaba con algunos amigos en una calle de Damasco, le ví junto al portón de una escuela. La decrepitud y la pobreza se hacían patentes en él. Tenía delante una mesita en la que vendía caramelos para los niños. Me acerqué a él y le saludé; me presenté y él me saludó. Uno de mis amigos, que conocía la historia, le dijo:

—Ḥannâ es hoy muy famoso. ¡Es escritor!

Sonrió con cierta tristeza, recordando; agachó la cabeza y dijo:

—Sí... lo sé... ¡Empezó a escribir conmigo! ¡Sobre los sacos!